

MARIE DELCOURT: *L'oracle de Delphes. Le site et son histoire. Les méthodes oraculaires.* París, Payot, 1955, 295 págs. in-89, rúst. 1.000 francos.

“Todo el Parnaso es divino”: esta frase de Estrabón (Geogr., IX, 3) sintetiza el fervor —no sólo religioso, también estético— de la antigüedad cuando se invocaba el santuario pítico. Efectivamente, según los viajeros, la gran belleza natural del lugar ejerce sobre el contemplador un efecto maravilloso. El paisaje es abrupto y, si se asciende a la cumbre más alta (2.459 mts.), puede abarcarse con la mirada Grecia entera: la pastoril Fócida, el Pindó que eleva sus crestas al NO., el Olimpo al septentrión, el Athos al NE., el Corax al poniente y, al mediodía, las cadenas del Peloponeso, entre las cuales se divisa el Taigeto laconio. Un bosque —el bosque sagrado de los olivos— extiende su área entre el Parnaso y el golfo corintio, surcado por el torrente Pleistos, allí donde Apolo mató a la serpiente Python. Y además de cautivador, ese lugar domina las rutas de la Grecia central.

Erigióse Delfos en la vertiente sur del Parnaso y a unos 500 mts. de altitud. Sobre tan venerables ruinas fué construida la aldea moderna de Kastri. Los autores griegos y los arqueólogos contemporáneos han hecho posible que hoy Delfos se conozca relativamente bien desde el punto de vista oracular y en sus diversos aspectos histó-

ricos, artísticos, topográficos, etc. Merced a las sistemáticas excavaciones que comenzaron en 1891, poderosa luz irradia de su vasto y asombroso recinto. Sin embargo, muchos problemas arqueológicos aguardan todavía una solución definitiva. Otro tanto cabe decir en orden al funcionamiento del oráculo, pues aún no se han despejado incógnitas muy importantes.

El más antiguo testimonio sobre Delfos lo constituye el Himno a Apolo, que la tradición helénica atribuyó siempre a Homero (cf. Hymn. 131 y 388-545). En la *Iliada* (IX, 404) y la *Odisea* (VIII, 79) se menciona la “rocosa Pito” como santuario del dios. Plutarco y Pausanias suministran en el caso de la cultura antigua noticias inapreciables sobre el templo, su organización, estado material, consultas de los fieles, la pythia, etc. (cf. del primero, *De defect. orac.*, 43, y del segundo *Peñeg.*, X, 19, 4). Referencias aisladas, pero muy notables, se hallan en los restantes escritores paganos: Hesíodo, Esquilo, Píndaro, Sófocles, Tucídides, Varrón. .. Célebre es, asimismo, el fragmento de Heráclito (Diels, 92) acerca de la Sibila.

Entre los griegos era común la creencia de que Delfos, en cuanto oráculo, existía ya en las épocas prehelénicas. El *Himno a Apolo* relaciona a este dios con marineros cretenses, sus primeros iniciados y sacerdotes (*Hymn.*, 388). También Pausanias (X, 6, 7) y Píndaro (*Pyth.*, V, 52) hablan de tales nexos. Por su parte, Esquilo muestra a la Tierra como divinidad profética (*Tala* ἡρ<ro/iáyris, Eum., 1-4), identificada en Prometeo (209-210) con Themis. Pues bien: los hallazgos arqueológicos han confirmado esos textos. Sabemos hoy que allí se practicó la mántica por incubación, asociada con el culto a los muertos. La naturaleza ctónica del *navreio*» delfico se ha visto documentada por interesantes objetos (el rython en forma de cabeza de leona, que según Picard prueba el culto de una Rhea; las figurillas micénicas descubiertas en el primitivo santuario de Marmaria, habitado pronto por Athena y en donde se rindió culto a Gè, etc.), que delatan la influencia egeo-cretense de la Gran Diosa. No se olvide tampoco la idea de Delfos como ἡ<ro/iáyris o “centro del mundo”, explicable mediante ese carácter ctónico (Paus., X, 16, 2) y de cuyo omphalos otra versión hacía la tumba del monstruo Python (Varrón, *De lingua lat.*, VII, 17).

Esta fábula —Python exterminada por Apolo— ilustra la oposición entre dos conceptos de la divinidad y el triunfo del olímpico sobre el ctónico. Apolo, dios de la luz, arrebató a Gé-Themis el cetro pitico, si bien conservando el oráculo. Es un “acaparador”, más que un usurpador (cf. H. Jeanmaire: *Dionysos*, París, Payot, 1951, p. 193). Hereda el santuario y la mántica, pero ya no de incubación, sino de inspiración. ¿Qué ha ocurrido para verificarse tal cambio? Ervvin Rohde sostuvo a fines del siglo pasado que ello se debió a la presencia de Dionysos, el otro dios de Delfos. En el estado presente de las cuestiones resulta difícil y aventurado pronunciarse a favor o en contra de su tesis; no obstante, parece verosímil que la Pythia fué dionisiaca en su espíritu, aunque de aquí no se desprendan los orígenes dionisiacos del oráculo tal como se presentó a los ojos griegos desde el siglo vm aproximadamente. Se trataba de una *ἡ<ro/iáyris* *Ἰβ<ro/iáyris*, creyéndose la Pythia enajenada y poseída por el dios (plena deo): caso evidente de “entusiasmo”. Sin embargo, Apolo, no Dionysos, señoreaba el oráculo como hijo favorito de Zeus. A pesar del éxtasis, su acción reguladora, equilibrada, racional, condicionaba el funcionamiento del santuario. Pero entre Dionysos y Apolo la coexistencia dentro del mismo fué pacífica, como si existiera un acuerdo tácito o expreso entre ambas divinidades.

Cuando el mundo griego, tras el fecundo letargo de la “Edad Media”, inaugura su edad histórica lanzándose a juveniles empresas coloniales y dando forma a su máxima creación, la polis, el oráculo delfico interviene decisivamente como autoridad

suprema en asuntos religiosos, éticos y aun políticos. El cénit de su acción tutelar sobre las ciudades helénicas puede colocarse entre el 700 y el 500, siendo el siglo vi el de completo apogeo. Durante casi mil años —pues hasta el siglo iv de J. C. Delfos, más o menos lánguidamente, no cesó en tal labor— el santuario fué un poderoso lazo de unión, un vínculo panhelénico —juegos, anficiónía— que dotó a los griegos de cierta unidad espiritual, ya que no política. Si tuvo carácter sacerdotal y representó en este sentido una corporación influyentísima, no aspiró nunca, por otra parte, a instaurar un régimen teocrático. Durante un período tan febril, tan dinámico, a través del cual se fijaba por escrito la costumbre de los antepasados y bullían las ciudades en medio de una profunda transformación económica, social e ideológica, el oráculo recomendaba solamente, con un criterio muy conservador, el respeto a los usos y creencias tradicionales. La época preclásica de Grecia (desde el siglo vm hasta las guerras médicas) ostenta el cuño délfico en punto a fundación de colonias, culto de los héroes, legislación y catártica. La religión de Apolo, misional (cf. M. P. Nilsson: *A History of Greek Religion*. Engl. transí. 2nd ed., Oxford, Clarendon Press, 1952, p. 203), desempeñó así un papel cuyos benéficos resultados han sabido esclarecer sus más penetrantes investigadores. Sobre todo, Apolo era un dios legalista, cuyo sacerdocio pífico difundía la reverencia del nomos entre los hombres, mientras él aseguraba la paz con los dioses. En el plano moral hizo sentir el peso de la responsabilidad individual, condenando la venganza de sangre e instituyendo ritos de purificación que humanizaron el comportamiento social y privado. La huella ética de esta religión, aunque no muy honda, se refleja, por ejemplo, en las máximas de los Siete Sabios, la tragedia, Heródoto. .. Medida, ponderación, conciencia de los propios límites, razón: he aquí las principales enseñanzas que Delfos trasmítía. Contra la *ippts* dejaba oír su voz siempre que se presentaba ocasión. El aforismo de Heráclito: "Es más urgente apagar la *hybris* que un incendio" (Diels, 43), revela ese magisterio délfico. Por tanto, dadas las doctrinas apolíneas, no debe extrañar que el oráculo —aristocrático y dorio por su espíritu— combatiera también acerbamente la tiranía (cf. Herod., V, 62 y 63), en particular a los Pisistrátidas y Ortagóridas.

Fácilmente se explica que un centro religioso tan vital para comprender muchos aspectos de la cultura griega, haya tentado a los especialistas, y que por lo mismo exista una copiosa bibliografía sobre el tema. No obstante, el número de estudios generales —si se compara con el de trabajos en torno a cuestiones de detalle, algunos excelentes: p. e., los de Persson, Smertenko, Poulsen, Holland y Amandry— es más bien reducido. A pesar de las autorizadas exposiciones de Dempsey, Carolina Lanzani y, singularmente, Parke, no se disponía de un libro que uniese a un saber filológico-arqueológico bien estructurado una calidad literaria que lo pusiera en manos de todos los lectores cultos. No lo teníamos, efectivamente, hasta que Mme. Marie Delcourt, ya conocida por algunos estudios importantes acerca de historia religiosa griega (entre otros, *Légendes et cuites de héros dans la Grèce ancienne*, 1942; *Oedipe ou la légende du Conquéran*, 1944; *Les grands sanctuaires de la Grèce*, 1947), nos lo ha ofrecido en la obra que aquí se comenta. Su propósito es, no sólo compendiar lo dicho sobre el oráculo, sino, aún más: defender una tesis personal —muy sugestiva y erudita— sobre la Pythia, el funcionamiento del oráculo y, por tanto, sus métodos.

Mme. Delcourt, ante todo, nos describe el recinto sagrado, el *Upev*. Utilizando ampliamente los datos arqueológicos y epigráficos reunidos desde que Homolle emprendió las excavaciones —auspiciadas por la Escuela Francesa de Atenas—, sigue de cerca a Bourguet y Daux. Afirma que los orígenes del santuario se pierden en el

fondo de la prehistoria y que durante la edad prehelénica estuvo consagrado, ciertamente, a Gé-Themis con las características arriba expuestas. El temenos de los tiempos históricos medía unos 200 mts. de longitud por 120 de anchura. Incendiado el primer templo de que se tiene noticia, en 548, reconstruyéronlo magníficamente los Alcmeónidas; pero, a su vez, fué destruido en 373. Este segundo templo, erigido de nuevo, nos lo describe Pausanias y ha reaparecido en su plan bajo la piqueta de los arqueólogos franceses. No se diferencia gran cosa, por sus dimensiones, del Partenón. Dato curioso: ninguna imagen de Apolo se ha encontrado entre las ruinas. Esculpidas en los muros lucían las máximas de los Siete Sabios y la enigmática E, que se ha interpretado como “Tú eres”, conforme a la lectura dada por Plutarco, gran iniciado en las religiones griegas de misterios. La A. prosigue su descripción del lugar, evocando las otras edificaciones que contribuían a la vistosidad del conjunto y, desde luego, los bellos “tesoros” de los atenienses, sífnios, etc., pues Delfos —en el pináculo de su grandeza— fué la mayor potencia financiera de Grecia.

Detrás de la celia, en el *ισυτρον* o sagrario, hallábase el trípode sobre el cual se sentaba la Pythia cuando era consultada. Quizá la parte más original del libro sea ésta. Mme. Delcourt aventura una hipótesis atractiva, pero discutible. Tratábase de una vidente en edad madura, virgen o, por lo menos, sujeta a continencia rigurosa. Vivía recluida en el santuario. Tal ambiente sagrado tenía por fuerza que predisponerla al trance y crearle estados de ánimo peculiares. Su intuición —muy aguda— se ponía a prueba en el momento del éxtasis. Dictaba entonces el oráculo (19 Ilu9/o xpé)> que casi siempre consistía en una respuesta rápida a la pregunta del consultante, repitiendo afirmativamente uno de los términos. El fiel preveía y aun sugería tal respuesta: obteniéndola, lograba su paz espiritual y —si venía como delegado o embajador de una ciudad— llevaba a su patria el mensaje que calmaba las pasiones colectivas. La A. no acepta el supuesto efluvio de la grieta al borde de la cual, según la tradición, se inspiraba la Pythia: las excavaciones no han exhumado ninguna anfractuosidad del terreno en ese lugar, que permita sostener la acción narcotizante de unas emanaciones sulfurosas, por lo demás no atestiguadas. Tampoco cree que la Pythia estuviera sometida a la influencia de los profetas, que le sugerirían las respuestas oraculares. Por el contrario, ella habla enajenada, plena de o, bajo la irresistible acción del medio en que vive recluida. “No es la Pythia lo que explica Delfos, sino Delfos lo que justifica la sinceridad de la Pythia”.

Realmente, ignoramos cómo funcionaba el oráculo. A pesar de las excavaciones, éstas no iluminan suficientemente al investigador que se adentra más allá de la celia para rasgar el velo. Los actores eran, además de la Pythia, los profetas y los “santos” o “puros” (8(7101). Abundan los datos externos o indirectos, pero se nos escapan los hilos invisibles, de puertas adentro. Además, parece como si hubiese habido una destrucción metódica del templo, ya pagana, ya cristiana.

Las últimas páginas ofrecen interesantes consideraciones de la A. sobre el papel de Delfos en la formación de un vago sentimiento monoteísta. Algunos de los hosiói presintieron un Dios único (cf. pág. 230).

En suma: un hermoso libro, pero subjetivo. De todos modos, la inteligente profesora de la Universidad de Lieja ha llenado un vacío.